

habían sido en los siglos XII y XIII, las comunidades de labradores del Norte de Alemania, los stedingios y ditmarzos en las márgenes del Eider y del Elba, en sus heroicas luchas por la libertad contra los nobles y los curas, los confederados suizos del siglo XIV con sus victorias de Morgarten, Laupen, Sempach y Nefels, sustrajéronse de la sumisión bajo los príncipes y conservaron su posición independiente en el imperio para asegurar más tarde su confederación republicana por los triunfos que consiguieron sobre Carlos de Borgoña en las batallas de Granson, Murten y Nancy. Esta prosperidad de la confederación marcaba tan claramente, como por otra parte hacían el uso de la pólvora y la generalización de la imprenta, la rápida decadencia del feudalismo, imperialismo y clericalismo alemanes. Varias tentativas de restauración, como las que de muy diferentes puntos de vista emprendieron los tres emperadores de la dinastía de Luxemburgo Enrique VII, Carlos IV y Segismundo, y aun el excelente y muy patriótico Luis de Baviera, se frustraron y debían frustrarse, porque la Edad media había pasado irrevocablemente. Los ideales que el romanticismo había concebido, estaban pálidos y marchitados; el pensamiento romántico había perdido su fuerza productiva; en todas partes presentábanse nuevas ideas y opiniones. Es cierto que la Edad media no desapareció de improviso; sus formas sobrevivían á su espíritu, quedando en pié todavía por mucho tiempo; presentándose aun á menudo con gran brutalidad y porfía; pero no dejaban de ser ya un cuerpo sin vida, una cáscara sin nuez, una armadura sin caballero. Todo lo bueno y lo mejor del pueblo alemán apartábase de esos espectros para adherirse á las entidades nuevas que venían á sustituirlos.



TRÁFICO DE INDULGENCIAS.

III.

1.

Preludios y precursores.

La época histórica en la cual se verificó la transición del romanticismo de la Edad media á la llamada reforma, puede compararse con un árbol que en primavera echa nuevos botones y capullos mientras la hojarasca del último otoño pende todavía de sus ramas.

Existían todavía las formas eclesiásticas y políticas de la Edad media, pero al lado, debajo y encima de ellas, germinaban ideas nuevas y agitábase un pensamiento nuevo.

¿Cuál? El moderno realista.

Pero cuando este pensamiento empezó á moverse para avanzar hubo de notar inmediatamente que en uno de sus piés llevaba fijada una cadena con una bola de plomo, pues arrastraba la teoría cristiano-romántica, la doctrina teológica supra-naturalista de la Edad media.

Semejante grillo debe considerarse como una necesidad histórica para que el progreso humano no se adelante á lo infinito. También es necesario tener en cuenta la procedencia para determinar con exactitud el punto de destino. La humanidad en su marcha eterna vá cargada de un lastre inmenso, arrastra en pos de sí toda la suma acumulada hasta el presente de humana sabiduría y necedad. Sólo á la ignorancia es lícito opinar que jamás la sociedad puede hacer lo que se llama *tabla rasa*, ó que jamás pudiese *rasgar el velo* entre lo pasado y lo presente. Mil hilos indestructibles enlazan lo que fué con lo que será. Todo es transición, todo cambio sin reposo.

Mas este curso del mundo no va siempre á paso igual; parece el camino del viandante, quien ora va despacio por la llanura, ora sube lentamente una montaña, ora trepa penosamente sobre montones de escombros ó empleando toda su fuerza muscular salta sobre espumosos torrentes, ora con jadeante pulmón se eleva sobre las peñas más altas y luego al otro lado corre hácia el valle

andando más ligero y respirando más aprisa. Y como semejante marcha se interrumpe con descansos más largos ó más cortos, así mismo el desarrollo histórico se atasca de vez en cuando, á lo ménos en apariencia. Hay épocas en que parece arrastrarse y otras en que parece volar. El que no tiene ojo para el mecanismo interior de los sucesos ha de tener necesariamente á veces la impresión que todo marcha en retroceso y á esta ilusión óptica corresponde la otra de una precipitación temporal repentina de la historia del mundo. Es verdad que las revoluciones presentan ese aspecto, pero el iniciado sabe que sus rayos y truenos no son más que descargas de sustancia eléctrica que se había ido acumulando muy paulatinamente. La revolución eclesiástica del siglo xvi era al sistema papal de la Edad media lo que el efecto á la causa, lo que la conclusión lógica á las premisas dadas. La Iglesia misma había comprendido mucho tiempo hacia la conveniencia y aun la necesidad de una *reforma en la cabeza y los miembros*, pero el triste éxito de los concilios de Pisa, Constanza y Basilea empezados con tan grandes esperanzas en la primera mitad del siglo xv, había demostrado la imposibilidad de una reforma espontánea. A las tímidas proposiciones de mejoras por parte de teólogos de buena intención la curia dió por respuesta la hoguera en la cual se quemó á Hus, y á fines del siglo el papa Alejandro VI encendió la pira en la cual murió Savonarola, como si este fuego debiese alumbrar más claramente los escándalos de los Borgias en el Vaticano para escarnio de toda la cristiandad. Sólo el *Nolumus* de Roma echado altiva y soberbiamente en las necesidades y peticiones ineludibles hacía crecer el suave susurro reformista hasta constituir una ruda tempestad revolucionaria.

Ya en la *mágica noche de luna* del romanticismo hemos encontrado de vez en cuando, aun en tierra alemana, algún hombre que tenía presentimientos de la claridad del día de los tiempos modernos; más en el trascurso del siglo xv lo que constituía y constituye la diferencia y el contraste esencial de la Edad media, es decir, el sentido de lo real y positivo, se había robustecido grandemente, oponiéndose al estrecho espiritualismo romántico, aunque al principio muy tímida y cautelosamente y á menudo, hasta contra su voluntad, el realismo admitido como signo característico principal de todo el período, desde el siglo xvi hasta hoy. En la época de la reforma llevaba todavía el traje teológico dogmático; sólo que había sustituido las multicolores vestiduras de misas con la negra cogulla de los predicantes; á partir de la mitad del siglo xviii andaba en traje lego mostrando abiertamente en los labios una sonrisa escéptica.

La herejía era y es en todas partes y épocas la hermana gemela de la ortodoxia, las sectas eran y son las hijastras de la madre Iglesia, y su historia es al mismo tiempo la historia de una continua sublevación contra ella. Lo que la historia universal refiere del cristianismo, no es más que una interminable variación del tema oposicional de fé y duda, autoridad y libertad, dogma y libre pensamiento. El papado hubo apenas puesto el sello en su victoria sobre el imperio con la aniquilación de la dinastía de Hohenstaufen cuando la validez de su poder y magnificencia fué expuesta por diversos lados á dudas más

ó ménos atrevidas. Los trovadores de la Provenza, los tres fundadores de la literatura italiana, Dante, Petrarca y Boccaccio, á los que se agregaron más tarde sus paisanos Pulci y Maquiavelo, los rimadores franceses de *fabliaux*, los copleros alemanes, el padre de la poesía inglesa Chaucer, todos hacían oposición, unos en tono patético, otros en tono satírico. Mas esta oposición dejaba todavía el dogma intacto, dirigiéndose solamente contra la licencia clerical, contra la arrogancia de la ambición jerárquica, contra la cual ya en la época de los Hohenstaufen, el alemán Gualtero de Vogelweide se había levantado tan valientemente.

Mayor extensión y profundidad tomó la oposición al clericalismo cuando empezaron á manifestar sus efectos los estudios clásicos resucitados y cultivados con afán, sobre todo en Italia, á partir de la primera mitad del siglo xiv. *El humanismo*, (pues así llamábase en oposición voluntaria ó inconsciente al teologismo la ocupación con la poesía y el arte, la filosofía y la historia antigua), el humanismo, digo, apareció en la oscuridad de la frailería de la Edad media como aurora anunciando un día nuevo en el progreso de la civilización europea. A la luz que dimanaba de esta aurora, los hombres miraron alrededor de sí y conocieron con extrañeza que era sumamente estrecho y limitado el mundo comprendido en el sistema eclesiástico romano. Manifestábase una propensión y tendencia irresistibles á ensanchar el horizonte geográfico y cósmico empujada por una necesidad muy positiva, pues las relaciones comerciales de los pueblos europeos habían llegado á ser tan múltiples é intensas que los recursos de la Edad media ya no bastaban. Sobre todo presentábase como exigencia imperiosa que había de satisfacerse á toda costa: la necesidad de aumentar los medios de cambio, los metales preciosos, de los que se creía que existían minas inagotables en el Asia Oriental, y el deseo de encontrar los criaderos del oro y de la plata en China y el Japón, era motivo é impulso para los grandiosos viajes de descubrimiento de Dias, Gama y Colón, hallando éste un continente nuevo, *El nuevo mundo*, cuando el objeto de su expedición era alcanzar la costa Oriental de Asia. Los hallazgos geográficos del siglo xv y las colonizaciones del siglo siguiente, junto con el estímulo dado por el humanismo, proporcionaron á la investigación de la naturaleza una base nueva sobre la cual podía progresar hasta los grandes descuorimientos de Copérnico, Keplero, Galileo y Newton.

Los pueblos románicos, los italianos, portugueses, españoles y franceses, arrojáronse con noble entusiasmo ó bien con vil codicia en la senda de malditas aventuras que les abrían los mares y países recientemente descubiertos. Con más calma seguían los descubridores, comerciantes y colonizadores de raza germánica, los holandeses y los ingleses. También los alemanes hicieron una tentativa de tomar parte en la carrera por el Eldorado; tentativa que se malogró; pero no deja de ser digna de mencionarse. Los Rochild del siglo xvi eran, como todo el mundo sabe, los Welser y Fugger de Augsburgo, entre cuyos deudos contaba también el emperador Carlos V, cuyas cajas nunca dejaban de estar vacías por más que en sus reinos *el sol no se ponía nunca*. En el año de 1528 el emperador empeñó ó vendió la costa de Venezuela descu-

bierta y ocupada para España pocos años antes por el caballero español Ojeda, al banquero augsburgués Bartolomé Welser, quien quería hacer productiva esta adquisición. Su agente en la corte de Madrid, Ambrosio Dalfinger, natural de Ulm, armó una escuadra en el puerto de Sevilla, nombró representantes suyos á sus paisanos Bartolomé Sailer y Nicolás Federman, y zarpó en octubre de 1529 con 400 soldados alemanes y españoles y ochenta caballos con rumbo á Venezuela, de la que tomó posesión en nombre de Welser, con el propósito de colonizarla. En valor y energía ese *Cortés alemán* no era inferior al español mucho más célebre que él, pero tampoco en dureza y crueldad. Obligaba á hacer servicios de esclavos á los indios del lago de Maracaibo, llevando sus armas conquistadoras, destructoras y asoladoras hasta el valle de Eupari, hasta las tribus indias de los Pocabuyes y Alcaoladi, hasta los confluente del Orinoco y aun más allá hasta las frescas faldas de los Andes; pero murió en 1535 en Coriana, de las heridas recibidas en un combate con los indigenas. Su sucesor Jorge de Speyer continuó las expediciones de conquista durante tres años, hizo cosas admirables, pero tuvo un fin oscuro, asesinado probablemente por los españoles celosos, pues estos hacían todo cuanto les sugería la astucia y la fuerza para impedir que en aquellas fértiles tierras se estableciera una colonia alemana, y en esto habian de salir con la suya, tanto más fácilmente cuanto que los colonos alemanes recibían de su país poco socorro, faltándoles aun este muy pronto. En Alemania tenían otra cosa que hacer que el aprovechar enérgicamente la ocasión propicia de adquirir una parte del mundo nuevo; las disputas y pependencias teológicas eran un asunto más importante. En el año de 1555, afirman los españoles, un fallo del consejo de Indias, suprema autoridad colonial de España, desposeyó formalmente á la casa de Welser del *reino de Venezuela*. Con esto el breve sueño dorado de los alemanes tuvo su fin, lo cual no habria sucedido si esta tentativa de establecer colonias en América no hubiese caído en una época en que la potencia marítima del imperio alemán, es decir, la de la federación Anseática, iba decayendo rápidamente. La malhadada desunión política de Alemania ha hecho siempre muy difícil una empresa colonial en grande escala, ó si á pesar de todo tal empresa se realizó, resultó estéril para la metrópoli. En los tiempos antiguos, modernos y contemporáneos los alemanes han colonizado y civilizado Curlandia, Livonia y Estonia, el *país de los sajones* de Transilvania y una gran parte del *lejano Occidente* de la América Septentrional; pero ¿qué eran y qué son desgraciadamente todas esas colonias alemanas? Nada, sinó *puestos perdidos* del alemanismo.....

En la época, pues, en que los pueblos románicos se dedicaban con ahinco y buen éxito á la colonización, los alemanes se dedicaban con no ménos empeño, pero con poca suerte, á las contiendas teológicas. Ellos atribuían mucha más importancia al renacimiento considerado necesario, que los pueblos latinos, entre los cuales el renacimiento era puramente artístico ó á lo más científico, pero no religioso. Para los germanos, el cristianismo era una potencia interna, mientras que para los latinos no era más que un culto exterior, que á lo sumo fué elevado al rango de obra artística. Así es que un pintor italiano

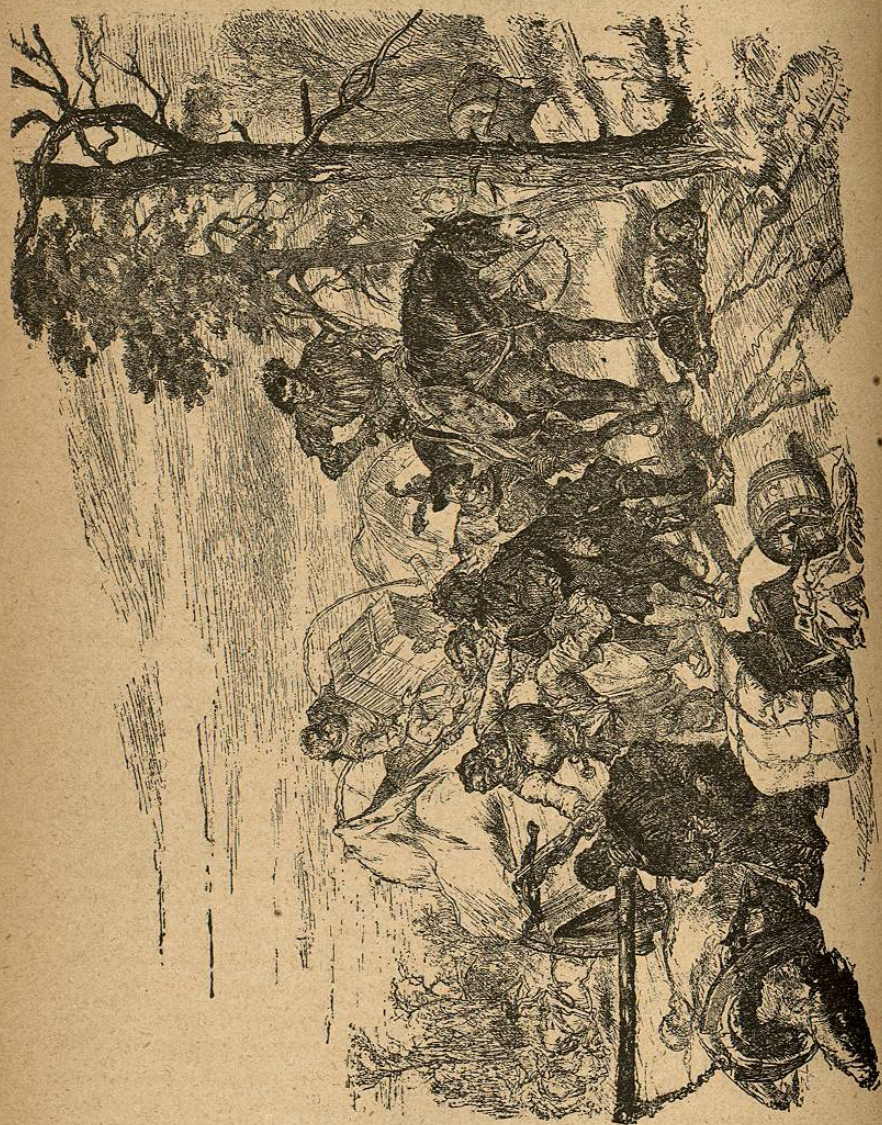
podía crear el tipo ideal de la Virgen en una época en que un fraile alemán pedía la vuelta del cristianismo á la sencillez evangélica, y por esto hasta un papa podía reírse cordialmente de la burla ingeniosa que Maquiavelo hacía en su *Mandrágola* del clericalismo cristiano, mientras que la Inquisición papal castigaba con tormento y muerte toda sublevación contra ese clericalismo.

Mientras que allende los Alpes el humanismo prescindiendo de sus efectos estéticos era solamente un pasatiempo de la aristocracia intelectual, produciendo en el seno de la misma tan sólo la indiferencia religiosa, con la cual la Iglesia se acomodaba perfectamente, en cambio en Alemania el movimiento humanista no tardó en dirigirse más ó ménos abiertamente contra Roma, ya por la circunstancia de atacar los humanistas alemanes el método teológico-escolástico privilegiado por la Iglesia como único valedero. Al través de la forma bárbara de ese método, las acometidas y los escarnios de los humanistas herían también el fondo tenido hasta entonces por sagrado. Las teorías paganas, claras y serenas, que los humanistas habían sacado de la literatura greco-romana, la oponían al principio con entusiasmo genuino y luego con intención polémica á la oscura y nebulosa barbarie del frailismo septentrional. Los efectos no podían dejar de presentarse, aunque los jefes del humanismo primitivo estaban muy lejos de pretender una oposición pronunciada y mucho ménos sistemática contra la doctrina y la constitución de la Iglesia reinante. Estos jefes, como Rodolfo Agrícola, Gregorio de Henburgo, Conrado Celtes, Vilibaldo Pirkheimer, Juan Vimpfling, Juan Reuchlin y Desiderio Erasmo nacido en Rotterdam, pero establecido en Alemania, eran eruditos que trataban ante todo, si no exclusivamente, de dar una base más sana á la educación científica de la juventud alemana reformando las universidades escolásticamente podridas, por medio del estudio más racional de las lenguas y literaturas clásicas é introduciendo nuevo estímulo é impulso así en el estudio de la historia, jurisprudencia y teología, como en las ciencias físicas, matemáticas y geográficas. Ciertamente los trabajos filológicos de Reuchlin y Erasmo, señalando el verdadero camino para estudiar las escrituras del antiguo y del nuevo testamento, eran trabajos preliminares fructíferos para la reforma; pero á ninguno de los dos se le ocurrió ocuparse en la posibilidad ó siquiera en la conveniencia de tal reforma; al contrario, Erasmo por lo ménos, erudito pacífico y tímido, quedó tan espantado del tumulto y de la agitación de la reforma estallada, que hacía contra la misma todo cuanto le permitía su cobarde pusilanimidad. En una influencia sobre el pueblo no había que pensar por parte de esos humanistas, ya porque despreciaban la lengua patria teniendo por su mayor gloria el escribir y hablar en latín lo más ciceroniano posible, circunstancia muy natural, porque en vista del descuido y de la degeneración en que había caído la literatura nacional en el curso del siglo xv en los países alemanes, toda persona que tenía pretensiones de ser medianamente culta procuraba hablar latín. Así es que los motivos estimulantes y vivificadores contenidos en el humanismo empezaron á manifestar su acción sobre la opinión pública en el sentido más lato, es decir, sobre la población urbana y en parte también sobre la rural cuando la generación jóven

de los humanistas alemanes sacó estos motivos de las estrechas paredes de las escuelas, tratando de poner en contacto y relación mútua con las condiciones reales y positivas los resultados del renacimiento científico. Sólo entonces la duda, madre de todo progreso, levantó su voz cada vez más alta y empezó á someter lo existente en la Iglesia y el Estado á una crítica atrevida, pero no inmotivada. De esta manera la cuestión de la reforma hallábase puesta abiertamente á la órden del día.

De este giro que tomaron las cosas no puede hablarse sin mencionar el principal porta-estandarte de ese humanismo jóven consciente y decididamente reformador. Nos referimos al caballero poeta Ulrico de Hutten, nacido en el castillo de Steckel de Franconia en 1488. Lo que conmovía y agitaba á los mejores de sus paisanos y contemporáneos, él lo condensaba en pensamiento fulminante y lo formulaba en palabras abrasadoras; en su juventud, dedicada al aprendizaje del humanismo, había viajado mucho por los países alemanes y pasado los Alpes, observando en todas partes y con clara inteligencia los males de la época y lo que hacía falta á su patria. Su indole era demasiado ingeniosa para gustar de la estrechez de miras de la teología, del orgullo pedantesco de los doctos, la envidia de clase, ó de los favores de los príncipes que ya en el siglo xvi se ambicionaban de una manera repugnante. De versificador humanista, se hizo heraldo de la reforma eclesiástica y del rejuvenecimiento político de Alemania; de rector latín, se hizo publicista alemán; de caballero noble, guerrero nacional. Alemán de piés á cabeza, idealista en cada fibra, no ha sido alcanzado, ni mucho ménos superado por ninguno de sus contemporáneos en entusiasmo desinteresado por la causa de la nación, y por esto la altiva palabra *lo he osado*, con que empieza la bella canción de consuelo y alentamiento que Hutten dirigió así mismo en el año de 1521, merece ser uno de los recuerdos más gratos de los alemanes. La intervención de Hutten en el movimiento de su época se mostró por primera vez eficaz y enérgica con ocasión de los ataques que contra Reuchlin dirigieron los *hombres oscuros*, como los profesores del humanismo llamaban á sus adversarios los partidarios del método y de las ideas escolástico-ortodoxas. La lucha literaria que con esta ocasión surgió entre los *teólogos*, cuya fortaleza era la universidad de Colonia, dominada por los dominicanos, y los humanistas, dió la prueba irrefutable que la superioridad de inteligencia y saber pertenecía á los últimos, de cuyo seno salió en aquel tiempo la obra maestra de sátira escrita en el latín monacal más grosero, que tiene por título: *Epístolas de los hombres oscuros*, y fué redactada probablemente por Juan Croto con la colaboración de Pedro Eberbach, Herman de Nuenar y Hutten.

Con este protagonista de la oposición ninguno de sus coetáneos tenía más afinidad que el reformador suizo Ulrico Zwingli, nacido en 1484 en la aldea montañesa Wilhaus de Togenburgo, indudablemente una de las cabezas más despreocupadas y más inteligentes de aquella época. Más suave, más cuerdo y templado en sus opiniones y vida que Hutten, había nutrido el alma como éste con los estudios clásicos, y por esto era mucho más humanista que ningún otro de los reformadores. Otro punto de contacto con el caballero ale-



mán era el ser esencialmente político. La idea del Estado que faltaba por completo y por desgracia á Lutero, era viva en Zwingli, y así como Hutten esperaba conseguir mediante la reforma eclesiástica, la refundición y reconstrucción del imperio alemán, Zwingli, republicano hasta las uñas, quería combinar con esta reforma la purificación, la consolidación y el desarrollo progresivo de las repúblicas de su país natal. Y en efecto, cúpole la suerte sublime, pero trágica, de morir en el campo de batalla de Cappel (1531), mártir de las convicciones religiosas y políticas. Para hombres como Hutten y Zwingli, hombres de fé en sus ideas, de entusiasmo, de consecuencia y desinterés, no hay puesto entre los dichosos de la tierra....

Al lado de la oposición prudente de los humanistas antiguos, y de la atrevida y tempestuosa de los jóvenes, marchaba una oposición religiosa que conservaba y desarrollaba las tradiciones de las sectas heréticas de la Edad media, los valdenses, los husitas, los *hermanos de la vida en común*, de los *beghards* y *beginos*. Participaba esta tendencia reformista de la aversión de los místicos de la Edad media contra la vida mundana del clero, el absolutismo de la curia papal y la profanación idolátrica de la doctrina cristiana. En este último concepto, realmente el escándalo fetichista que se hacía con las pretendidas reliquias, no podía ménos de provocar la reprobación de todos los hombres honrados y decentes. Haría reír sinó hiciese llorar el ver la lista de las sagradas preciosidades que el emperador Carlos IV, principal fomentador de la farsa religiosa, tuvo la dicha de reunir á costa de grandes sumas, en la catedral de Praga. Figuraban entre ellas los esqueletos de los tres patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, la cabeza de los evangelistas Marcos y Lucas, del apóstol Bartolomé y del mártir Esteban, un retrato de la madre de Dios pintado por el evangelista Lucas, leche de los pechos de la Virgen y una parte del velo empapado en sangre que llevaba cuando estaba al pié de la cruz de Jesús, los pañales del Salvador y un pedazo del pescbre en el cual había estado, el mantel que había servido en la última cena, así como un trozo de la mesa y la toalla de Cristo, un fragmento del manto de púrpura con que Herodes había vestido á Jesús por escarnio, la cuerda con que le habían ligado, las espigas de su corona y varias gotas de su sangre, una parte de la esponja mediante la cual le habían dado de beber en la cruz, un fragmento de la roca que se hundió en el momento de la muerte de Cristo, una mano de Lázaro, varios cabellos de Magdalena y la palma que el evangelista Juan había llevado en el entierro de la madre de Dios. Semejantes prendas, llevando frecuentemente los mismos rótulos, hallábanse en numerosos otros puntos y ante tales rarezas arrodillábanse rezando miles, centenares de miles, millones de seres *racionales*. En vista de este solo hecho había de ser muy natural y comprensible el deseo de los hombres piadosos y pensadores de salir de semejante *paganismo miserable* y volver al *verdadero cristianismo* predicado en los evangelios. De los Países Bajos, es decir, de una provincia del imperio alemán había salido en la segunda mitad del siglo xv el clamor por semejante regreso, levantado por Tomás van Kempen, al que se atribuye el célebre libro *de la imitación de Jesús*, Juan de Gog y Juan Vessel oponiendo claramente

á la autoridad del papa la autoridad de la Biblia como única fuente entera de la fé, por lo ménos en los oídos de aquellos que tenían los órganos con que se oye y querían oír. En los países del Rhin acogieron y propagaron aquel clamor especialmente Juan de Vessel, quien intentó también lo que más tarde consiguió mejor su contemporáneo Juan Geiler de Kaisersver, muerto en 1509, á saber, el combinar la idea de reforma teológica con la elocuencia popular. Geiler, predicador primero en Basilea y luego en Estrasburgo, fué indudablemente uno de los mejores hablistas que subieron al púlpito en Alemania; á veces se presenta en sus sermones como un Abraham á Santa Clara anticipado, pero tiene más sentimiento y más fondo que el humorista capuchino del siglo xvii.

También en el púlpito gustábales á los alemanes el chiste y la broma; siendo aficionados á la risa genuina, escuchaban la verdad con tanto mayor deleite cuanto más risueñamente se la decían. Una prueba de esto, son aquellos *consejeros jocosos* de las córtes, aquellos *cortesanos bufones*, formalmente instituidos, que en la época de la reforma sabían á veces grangearse gran valimiento con sus amos; así, por ejemplo, el consejero jocosos del emperador Maximiliano I, Kuns de la Rosa al que su amo, según el testimonio de Sebastian Frank, *consultaba en todos los negocios importantes, encontrándole siempre sabio, fiel y bajo la figura de la locura muy atinado, de modo que este loco picareseo no fué estimado el menor de los muy íntimos consejeros de Maximiliano*. Mas también el pueblo tenía sus bufones, sus chanceros ambulantes, cuyas composiciones satíricas á partir del siglo xiii, como prueba el librito de chanzas del *cura Amis*, se dirigían con preferencia contra la licencia de los curas. A fines del siglo xv los chistes muy populares, igualmente de colorido oposicional, conocidos bajo el nombre de *Till Eulenspiegel* (espejo de mochuelos) fueron coleccionados y pocos años más tarde, cosa muy significativa, la antiquísima epopeya alemana de los animales del lobo Isegrim y del zorro Reinhart, fue renovada en rimas de alemán bajo (*Reinke Fos*) ciertamente con eliminación del significado y tono silvestre é inocente, ocupando su lugar una tendencia satírica anti-clerical consciente. Los eruditos de más ó ménos fama, como Desiderio Erasmo y Enrique Bebel, sin abandonar el latín tomaban parte en la burla popular contra las pequeñeces escolásticas ó las malas costumbres de los curas. Contra las primeras iba dirigida el opúsculo muy satírico de Erasmo: *Encomio de la locura*, mientras que contra las segundas, Bebel, catedrático de Tübingen, descargaba la artillería gruesa de sus *Facetiae*, hiriendo muchos proyectiles, pasando por encima del clero, el dogma mismo; como por ejemplo, el muy divertido cuento de cómo la Trinidad delibera sobre la redención del género humano, que no sería prudente repetir hoy.

Naturalmente los partidarios y beneficiados de lo existente no aceptaban tranquilamente las burlas y críticas que venían de todas partes contra el sistema eclesiástico y pedagógico que los mantenía. No se descuidaban de defenderse ni eran muy escrupulosos en la elección de las armas; también es verdad que no les faltaban lados flacos á los adversarios, siendo la vida de

muchos *poetas*, como los teólogos y escolásticos llamaban con desprecio á la generación jóven de los humanistas, muy poco edificante y presentando la manera de proceder de los humanistas muchas veces un carácter tan gitanesco que no era difícil achacarles muchas cosas malas. La lucha literaria, que toma un vuelo cada vez más ámplio á beneficio de la imprenta, que se des-



LUTERO FIJA SUS TESIS.

arrollaba y multiplicaba todavía más, y fué llevada por ambas partes bajo las banderas de *San Insulto*, que era el verdadero patrono y amparo de los literatos alemanes de aquella época. Es muy posible que la disputa entre los teólogos y los humanistas, como tantas otras disputas literarias anteriores y posteriores, hubiera terminado pacíficamente dentro de los círculos eruditos si las condiciones políticas del imperio alemán hubieran sido más satisfactorias, y á no ser que un abuso eclesiástico descarado pegara á la paciencia alemana un golpe tan desgarrador, que provocara al sublevado corazón ale-

mán á contestar con otro golpe que hirió á Roma y al romanismo de una manera muy diferente de la que habían podido herir los flechazos del escarnio de los humanistas.

En el Vaticano, donde un Médicis de talento reinaba con el nombre de Leon X, debíase á los *pecados de los tontos alemanes* los mejores parroquianos de la fábrica papal de bulas de indulgencias. Pero necesitábase de más dinero, sobre todo porque el edificio gigantesco de San Pedro, empezado por Bramante, continuado por Rafael, coronado con la maravillosa cúpula por Miguel Angel y terminado más tarde por Bernini, consumía sumas enormes. Por este motivo el negocio de las indulgencias entre los *bárbaros del Norte*, había de emprenderse con nueva energía, y tal vez habría pasado también ahora con poca dificultad y mucho lucro, si el viajero comisionista papal, el fraile dominicano Tetzl, hubiese hecho la propaganda de su negocio con ménos ruido y más vergüenza; pero cuando éste hubo abierto en Sajonia su barraca ambulante propagando sus indulgencias buenas para todos los pecados posibles, pasados, presentes y futuros, con lá frente y la voz del más descarado charlatán de plaza, despertose la conciencia alemana en la persona del doctor Martín Lutero, fraile agustino y catedrático de teología de la recién inaugurada universidad sajona de Witemberg. El 31 de octubre de 1517 clavó en el portal de la iglesia del palacio de Witemberg 95 tesis dirigidas contra el infame escándalo del tráfico de indulgencias, ofreciéndose, según la costumbre docta de entonces, á sostenerlas y defenderlas contra todo el mundo, oralmente ó por escrito.

Los martillazos con que se fijó aquel pedazo de papel dieron la señal de un cisma.